

# ¿Una iglesia independiente?

E.  
MIRET  
MAGDA  
LENA

LA jerarquía eclesiástica española se ha reunido en asamblea en Madrid. Monseñor Tarancón ha tocado en su discurso inaugural los puntos básicos que corresponden a algunos de los problemas más importantes que tiene planteada la Iglesia española.

Choca, a alguien que analice objetivamente el proceso de las actuaciones públicas de la jerarquía católica, la muy diferente postura que ha tenido en los últimos cincuenta años de su vida española. En tiempo de nuestra II República no acertó. Todo empezó catastróficamente con la destemplada e inoportuna intervención del cardenal Segura inclinándose, en momento tan delicado de nuestra vida religiosa y política, por la Monarquía, que había caído en esos días. Durante la guerra civil, una obcecación sin visión de futuro llevó a los obispos españoles —salvo mínimas excepciones— a aliarse decididamente a la sangrienta guerra civil española, que ellos mismos se apresuraron a bautizar como Cruzada religiosa. Más tarde fue el nefasto período del nacionalcatolicismo, llevado a sus máximos extremos políticos y religiosos. En este tiempo, la jerarquía no tuvo más que palabras de complacencia y alabanza de la actuación de Franco y del franquismo. Las poquísimas excepciones, casi siempre demasiado tímidas, no supusieron apenas nada en el concierto muchas veces adulador de nuestro episcopado. Los epítetos más increíbles se dirigieron a una persona que, por ser humana, tenía que tener manifestadas y profundas limitaciones; pero que además, por ser un dictador, difícilmente podía la Iglesia comprometerse con él, después de la conciencia que del Evangelio se tenía, o se debía tener, en el siglo XX.

El final del franquismo trajo una novedad. Poco antes de morir Franco empezaron algunos obispos a insinuar críticas del régimen, cuando se veía muy claramente el final de quien había dirigido los destinos del país durante cuarenta años. Y todo culminó en aquel famoso discurso del presidente de la Conferencia Episcopal, arzobispo de Madrid y cardenal de la Santa Iglesia Romana, que estuvo lleno de oportunos consejos al nuevo monarca, pero que —como dije en aquella ocasión— recordaba demasiado el estilo anacrónico y clerical de nuestro cardenal Cisneros.

Después el silencio ha sido curioso, porque el impulso crítico de aquellas épocas finales franquistas brilló por su ausencia. Parecía como si nuestro Gobierno —el actual— fuese como anillo al dedo a la mentalidad media de nuestros obispos, y no fueron pocos los que comentaron después de la espectacular visita de los cuatro cardenales españoles a Adolfo Suárez la conclusión de un cierto pacto verbal. En seguida se han visto medidas que, in-

dudablemente, daban base para sospechar lo que mucha gente comentó. La sorprendente e ingenua actuación contra las mal llamadas revistas "pornográficas", después de haber protestado de ellas nuestros más altos jerarcas, pareció un signo claro de éste que algunos llaman "acuerdo", al que correspondía una toma y daca. A la Iglesia se le concedería una restricción en el erotismo público, ya que tanto se preocupa por estas infantiles y poco importantes reacciones explicables después de la represión sexual de nuestro nacionalcatolicismo, y se aumentaría la subvención económica al clero en forma espectacular para dejar así tranquilos a nuestros obispos en esa cuestión económica que tanto les inquieta y que, en buena parte, les llevó a aceptar a ciegas el franquismo.

Como contrapartida estaría la complacencia de nuestra jerarquía con las líneas "democratizadoras" de nuestro actual Gobierno, y se vería en ella un clima propicio al "sí" en el referéndum y a una moderada democratización en las próximas elecciones. Sin embargo, hay síntomas que dan una esperanza, como la nota de la Comisión Episcopal de Apostolado Social sobre el referéndum, señalando que no hay obligación de votar sin suficientes garantías democráticas. Es bueno que empiece en algunos obispos como estos una actitud de respeto a la decisión política del católico y que ellos muestren una independencia respecto a cualquier régimen.

Aquello es lo que han pensado muchos españoles al analizar los últimos hechos de nuestra Historia reciente. ¿Qué hay de todo ello? A lo mejor no hay ni siquiera acuerdo tácito, pero sí coincidencia de posturas sin necesidad de ponerse de acuerdo. Sin embargo, el resultado es el mismo.

Como dice Tarancón en su discurso inaugural de la reciente Conferencia Episcopal se necesita una "renovación y rejuvenecimiento de la Conferencia Episcopal". Y se necesita también —como él ha dicho— "revisar métodos", y también "buscar por todos los medios el modo de llevar al hombre moderno el mensaje cristiano". Todo esto es natural ante "este mundo, que se transforma casi radicalmente".

Para ello se necesita —entre otras cosas— una nueva "selección de obispos" que corresponda a tres factores: 1) "Tener en cuenta las peculiaridades de cada Iglesia local". 2) Fijarse muy claramente en que los obispos correspondan al "entorno social". 3) Y que se ausculten los criterios, deseos y necesidades de "presbíteros y fieles cristianos" para que los nuevos obispos puedan acertar mejor en su cometido.

Es curioso, sin embargo, que ahora, que ya no tiene casi más remedio que

aceptar estas actitudes, sea en la ocasión en que la Iglesia públicamente las propugna. Cuando hace ya años hubiese sido imprescindible en España haber tenido en cuenta estos factores y la Iglesia visible estuvo llamada y quienes decíamos eso mismo éramos considerados como ovejas negras. Ahora nos coge esto excesivamente tarde en muchos aspectos, y hay demasiados antiguos militantes cristianos y sacerdotes católicos españoles que se han desengañado definitivamente. La complacencia de la jerarquía española con el régimen y su falta de visión del porvenir, creyendo que su situación de privilegio iba a ser eterna, han llevado a esta situación difícil. Porque todavía no nos damos cuenta de lo que será para esta Iglesia tan acostumbrada a su propia comodidad cuando de verdad llegue una situación auténticamente democrática y se gobierne al país por modos completamente democráticos. No creo que sea tan inmediato el llegar a esta situación, pero algo va a empezar y la Iglesia jerárquica, así como sus cuadros oficiales, no se dan cuenta de lo que se les avecina. Las dificultades de hoy serán muy pequeñas en comparación con las que va a tener la institución eclesiástica en nuestro país.

Resulta fácil decir que hay que "encarnarse en la cultura de cada época", pero tendríamos que haberlo hecho con más profundidad, empezando hace tiempo, porque ahora eso no se puede improvisar y nos coge demasiado desfasados. Es cierto también que "ante una sociedad pluralista de corte democrático habrá que cambiar necesariamente la postura de la Iglesia"; pero no es menos cierto que la situación anterior, que tantos españoles padecemos y con la que nos encontrábamos radicalmente en desacuerdo sin apenas poderlo decir, lo fue muy principalmente porque esta misma Iglesia, que ahora se quiere adaptar a los nuevos aires que deseamos, hizo todo lo que estuvo en su mano para que triunfara y existiera aquella situación.

Yo no tengo nada más que el deseo, como cristiano que sigo siendo, de que las cosas queden claras y que la verdad sea reconocida por amarga que resulte. Y que, como resultado de todo ello, esta Iglesia procure ser lo más discreta posible y lo más humilde que pueda para aceptar la verdad, y no pretender de ninguna manera volver a reproducir, bajo moldes más atractivos, el protagonismo dominador o la influencia indirecta que casi siempre ha querido tener en la sociedad española, y cuyo balance en mi opinión da un resultado negativo. ■